

La invocación INCORRECTA

La
Bruja
en
MI



MI PRIMERA INVOCACIÓN

La primera vez que intenté hacer magia fue a los doce años, en el clóset de mi pieza. En ese tiempo vivíamos en Punta Arenas, así que el Blockbuster era mi copiloto para capear las tardes oscuras de invierno, con el viento golpeando el techo de la casa y con demasiado frío para salir a cualquier parte. Era 1999 y estaban de moda las películas *slashers* como *Scream*, *Sé lo que hicieron el verano pasado*, *Leyenda Urbana* y otras menos memorables. Pero me acuerdo que ver *Jóvenes Brujas* –historia sobre cuatro amigas de colegio católico que se vuelcan al oscuro de la magia–, fue lo que me animó a dar un paso más allá, y por fin armar un altar para intentar hacer un hechizo.

Había visto también suficientes capítulos de *Buffy la Cazavampiros* como para entender lo básico de la brujería: velas, invocación, una foto ojalá con agujas o símbolos, aceites, un círculo de sal (esto además era muy protagónico en la película *Hocus Pocus*, donde significaba protección, por lo que siempre hacía uno alrededor de mi cama. Olvidé, eso sí, hacer el círculo de sal afuera, cuando terminé el ritual en el patio (eso es importante más adelante).

Al principio estaba un poco confundida sobre la invocación, porque en la película las brujas obtenían su poder a través de un ritual a Manón, un dios inventado para la historia, que no existía y que, por tanto, no podía invocar. Necesitaba tener un dios propio, y el único que conocía hasta el momento quemaba a las que intentaban hacer estas cosas. Barajé mis opciones y después de descartar a la *Rubia de Kennedy* por poco poderosa y fantasma en pena (según la película no tenía ninguna gracia), a la única bruja chilena que encontré en mi memoria fue a la *Quintrala*. Juro que en ese momento, a mis doce años, lo consideré. Pésima idea

hubiese sido, y las consecuencias hoy serían mucho peores. Descarté invocar a la *Quintrala* porque cuando me lo imaginaba, siempre estaba con más brujas, así que pensé que lo haría cuando tuviera mi propio grupo (a ver si así me daba menos miedo también). Finalmente no invoqué a ningún dios porque no encontré ni uno. No sabía a quién, ni sabía cómo. Pero sí llamé a los elementales: fuego, aire, agua y tierra. Por supuesto que no sabía que se llaman elementales, ni por qué tenían que estar en mi altar/clóset. Invoqué a los elementos porque así lo hicieron las brujas en la película, así lo hacía Willow en *Buffy*, y así me pareció que tenía que hacerlo yo.

Prendí mis velas, mis inciensos. Le puse aceite a la foto del cabro que me gustaba en ese momento (que no recuerdo cuál era, porque me gustaban varios al mismo tiempo, dependía de la semana) y le atravesé el corazón con un alfiler del costurero de mi mamá. Me pareció que eso era suficiente para lograr que sintiera algo por mí. Tomé la foto y la llevé al patio trasero de mi casa. Esta parte del ritual en realidad ya no era parte del ritual: lo que yo quería hacer era enterrar la evidencia y que mi mamá no se diera cuenta que había tratado de hacer un amarre. Así es que, tal cual como estaba, a pata pelada y en pijama, fui a enterrar mi magia en medio de la noche austral, y nunca nadie supo, ni el mino en cuestión —porque ese año no tuve mucha suerte en el amor—, ni yo misma, que olvidé por completo haber hecho esta magia. Hasta hace poco eso sí, lo recordé muy bien, cuando una amiga bruja, en medio de un ritual, se dio cuenta que tenía un bloqueo en el pie derecho a causa de una magia mal hecha a mis doce años.



La magia que hice en 1999, hoy lo sé, fue
magia negra negrísima.

la mejor manera de saber si lo que estás
haciendo es bueno o es malo, es preguntarnos
de dónde viene. si tu ritual proviene del
miedo, entonces saca su poder del bajo astral
y se llama magia negra. los amarres vienen
del miedo a que el otro no nos ame, a que
nos deje o nos ignore, por lo tanto son
magia negra. Incluso cuando congelas el
nombre de alguien escribiéndolo en un papel,
y luego guardándolo en el freezer, con el fin
de protegerte de su energía dañina, estás
haciendo magia negra, porque proviene del
miedo que esa persona te provoca

Hasta el día de hoy, cargo con un bloqueo en mi pie derecho. Por supuesto que nunca relacioné los esguinces de tobillo como una maldición; para mí eran una torpeza propia de mi naturaleza. Me he caído de escaleras, me he resbalado en todo tipo de pisos, desde baldosas a cunetas. Incluso en mi propia casa, de día o de noche, con guagua en brazos o caminando tranquila, me he doblado el pie derecho tantas veces que ni siquiera puedo contarlas. A estas alturas el esguince que tengo es crónico, y ya me compré una súper bota inmovilizadora que tengo que usar al menos una vez al año, porque me caigo siempre.

Hasta hace muy poco, no había relacionado tantas caídas con una carga mágica. Fue recién a mis 33 años (o sea que llevo 21 años con el pie maldito) que Carla, amiga bruja extraordinaria y sanadora de manos, notó que en mi pie había un bloqueo energético, una sombra. A través de la canalización que estábamos realizando, supo que era por una magia que había hecho en mi infancia. Me lo contó con un poco de risa terminada la sesión, pero en mi cabeza todo cobraba un sentido mayor: había una causa y un efecto.

Es muy difícil deshacer el conjuro de una bruja, porque hay que deshacer paso a paso la magia que te lanzó. Necesitas saber dónde estaba la Luna y hacer el ritual en ese momento, ocupando las mismas herramientas e incluso la misma invocación. Pero yo no me acuerdo qué hice, más allá de lo que te acabo de contar. No sé si tomé la foto desde el pie, o si fue que quizás le cayó aceite u otra cosa. Pero sí recuerdo que en la foto también estaba yo, y claramente fui mi propia víctima. Quizás al momento de enterrar la magia a pata pelada en la tierra me toqué el tobillo sin querer, o quizás tapé el hoyo con ese pie, nunca lo sabré. Lo que sí sé es que tratar de hacer un conjuro para deshacer el anterior, es una pérdida de tiempo. Lo que hicimos fue una limpieza energética y luego me hice yo misma una pulsera para llevar en ese pie como protección.

Nunca más intenté hacer un amarre, eso sí. Era chica pero igual logré percibir que ese no era el camino correcto, que la energía que me había quedado no reflejaba lo que quería lograr. Desde entonces me concentré en la búsqueda de referentes, diosas para invocar y rezos para repetir. Y empecé a tomarle mucha más atención a las supersticiones que me decía mi mamá.

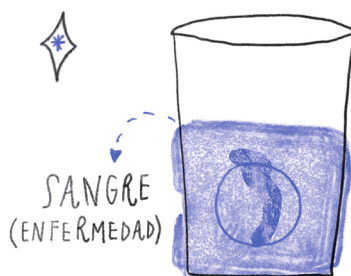
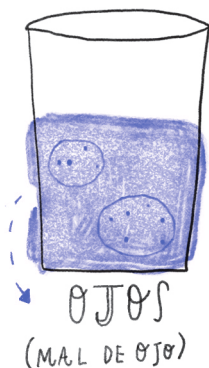




1 A PATA PELADA SOBRE LA TIERRA, SEPARA LAS PIERNAS Y ABRE LOS BRAZOS

2 PÁSATE EL HUEVO ALREDEDOR DE TODO TU CUERPO, COMO SIGUIENDO TU SILUETA, INCLUSO BAJO LAS AXILAS.

3 LUEGO ROMPE EL HUEVO Y DEJA CAER SU CONTENIDO EN UN VASO CON AGUA.





Si quieres saber si estás con una carga mágica, ya sea de un amarre o de un mal de ojo involuntario, lo más práctico es la “Limpia del Huevo”, que encuentras en las raíces de muchos pueblos ancestrales a lo largo de Latinoamérica.

La receta mágica es la siguiente:

Toma un huevo, ojalá desde el gallinero. Si no puedes, ojalá de gallina libre. Y si tu única opción es un huevo de supermercado, te recomendaría que trates de encontrar alguna comunidad donde comprar un huevo real, de gallina feliz como le dicen. Esto porque necesitas que la Tierra te diga qué está pasando, pero en los criaderos las aves de consumo viven en esclavitud, por lo que han sido sacadas del ciclo de la naturaleza para entrar a uno artificial. Esfuérzate por tu magia y busca un huevo de gallina libre, y si está a tu alcance, prefiere siempre las alternativas que promueven el respeto por los animales y el medio ambiente.

A pata pelada sobre la tierra, separa las piernas y abre los brazos. Pásate el huevo alrededor de todo tu cuerpo, como siguiendo tu propia silueta, incluso debajo de las axilas. Luego, rompe el huevo y deja caer su contenido en un vaso con agua.



Espera unos 5 minutos y revisa cómo está: si se le forman unos “ojitos” redondos blancos, tienes mal de ojo; hazte un baño con sal y hierbas protectoras.

Si sale con sangre, quiere decir que hay una enfermedad, ya sea en tu cuerpo en ese momento, o formándose. Se recomienda ir al doctor.

Si está podrido o negro, si tiene un olor fuerte o un color extraño, entonces hay magia negra, y ahí necesitas que revise tu energía alguna bruja amiga que te pueda aconsejar.

RELIGIÓN Y SUPERSTICIÓN

Como la mayoría de las personas en Chile, nací en una familia católica. Fui bautizada bien chiquitita, e hice voluntariamente mi primera comunión ese mismo año en que me maldije el pie. Mis papás iban a misa todos los domingos, sin ser extremadamente pechoños, por lo que era considerado más que nada un trámite al que había que asistir. En un principio me cargaba, porque era a la misma hora de *Cachureos*, y después me encantaba, porque había un niño demasiado lindo al que podía mirar libremente porque estaba en el coro.

Mi relación con la Iglesia fue siempre impositiva, porque mi mamá, como su mamá, era muy devota: nos habló del Niño Jesús desde chicas, nos persignaba con un rezo al ángel de la guarda en las noches, teníamos una Biblia Infantil cuando chicos e íbamos a misa todos los domingos. En esos años ella también estaba en una búsqueda de identidad, pero desde el catolicismo, que la llevó por distintas congregaciones hasta llegar a Schöenstatt. La vimos muy involucrada con su parroquia, con los ancianos a quienes entregaba la comunión, con las reuniones semanales, los rosarios, y en general crecimos siendo testigos de su vida en la fe. Pero nunca nos obligó a creer. Nos llevaba, nos hablaba, nos contaba, pero no nos obligaba. Además, en el cotidiano aparecían los ángeles y los santos, el demonio para echarle la culpa y la Virgen María para alabar, pero también compartían espacio con otras enseñanzas como “no salgas por la ventana o te vas a quedar soltera”, “tomar jugo en una taza trae pobreza” o “hay que poner una escoba detrás de la puerta cuando queremos que se vaya la visita” (me encanta esta magia porque es demasiado efectiva: pruébala, se van de tu casa a los 10 minutos). Entonces, lo que pasó es que crecí

devota de la Virgen (de Lourdes, ojo, porque la historia de Bernardette me parecía conmovedora. A veces, incluso me pasaba el rollo de que estando sola en el campo corría el riesgo de que se me apareciera la Virgen como a ella, algo que me daba pánico pensar, obviamente), al mismo tiempo que seguía las supersticiones de mi mamá como si fueran las reglas de mi casa, como otra verdad, otro dogma de fe. No se cuestionaban, se seguían y se compartían con otras personas interesadas en las supersticiones. Mi mamá, de hecho, anota hasta el día de hoy el horóscopo semanal de Pedro Engel en la tele. Lo escribe con lápiz y papel para después mandarnos sus resúmenes en un audio de WhatsApp.

Religión y Superstición. Esas fueron las dos principales fuerzas espirituales de mi crianza, que me formaron y me guiaron hasta donde estoy hoy. Es cierto que no profeso la religión católica ni me siento representada por ella, pero cuando me vi enfrentada a la necesidad de ritualizar un momento importante, como lo fueron mi matrimonio y el bautizo de mis hijos, opté por la Iglesia Católica porque era la que más me pertenecía. En esos años³ mi generación, los *millennials* (siempre en búsqueda de identidad), elegían casarse solo por el civil, pero con los rituales católicos, como el vestido de novia blanco, la caminata al altar, los anillos. Por supuesto que la mayoría no bautiza a sus hijos, y si lo hacen, muchas veces es por costumbre familiar. Pero yo necesitaba un ritual, algo que fuera más grande que solamente firmar un registro. Por eso decidí casarme como se habían casado mi mamá, mi hermana y mi abuelita: “por la Iglesia”, porque aunque no me representaba, era lo menos cínico, lo más genuinamente mío. Todas las otras ritualizaciones me parecían apropiación cultural.

3. Nótese que suena como si fuera décadas atrás, pero me casé hace 6 años recién. Lo que pasa es que recordar la vida antes de la pandemia es un ejercicio rarísimo, porque este libro lo estoy escribiendo en medio de la segunda gran cuarentena en Chile. Así es que, sí, suena de otra era hablar del 2015.

Si en el colegio andaba leyéndole las cartas a todos (profesores incluidos), con mis aros de cruz egipcia y mi maquillaje gótico, en la universidad estaba buscando mi voz, experimentando con los medios de comunicación como una forma de entender qué estaba pasando conmigo, con la gente, con el mundo. Estudié periodismo y me volqué a la radio porque amaba la música y comunicar. Y en esos años, si bien siempre estuve leyendo el Tarot, el desarrollo espiritual se vio pospuesto por la mente. Empecé a entender las cartas en el año 2002, cuando mi prima Carolina me regaló su mazo porque no quería seguir leyéndolo y pensó que me gustaría. Hice mi primer programa de radio en el año 2007, en Radio UC, donde estudiaba periodismo. Desde esos años, nunca he parado de experimentar con estos dos medios de comunicación. El Tarot me trae noticias desde otro plano para que las interprete, y la radio me abre al mundo para que alguien escuche. Están unidos, entrelazados, se retroalimentan y viven en mí, como otra de las polaridades que me componen.

LUEGO VIÑO LA MATERNIDAD

Por supuesto que el embarazo y el parto abren a una magia única para cada una de nosotras, personas gestantes. Se agudizan partes del cerebro más conectadas con lo animal, que nos hacen sensibles a lo sutil y por lo tanto receptivas a las sincronías que nos rodean. Podemos intuir qué necesita nuestro hijo con solo mirarlo caminar, o llorar, o comer; nos despertamos un minuto antes de que empiece un pánico nocturno, escuchamos muchísimo más nuestra intuición para tomar decisiones (y exigimos que los demás también la respeten, porque ahora “somos mamás” y “las mamás

siempre tienen la razón”). Además, durante el embarazo estamos más conscientes de nuestro cuerpo, sus movimientos y sus necesidades, porque somos un portal (aguántame, que acá te vengo con una verdad mágica): cuando estás embarazada eres una diosa, eres un portal a través del cual un alma ha decidido entrar a esta dimensión. Esa alma se va a transformar en carne, en sangre, en persona, y se alimentará de ti en su primer tiempo en este planeta. Serás para esa criatura su verdad, su mundo, su diosa. Y créeme que ese es un trabajo de tiempo completo, que ocupa todo tu cuerpo, tu energía y tus anhelos. Por toda esta globalidad de cosas, el embarazo abre una magia creadora ineludible: ya no ves la vida con las mismas prioridades, despiertas receptiva a la sutileza y con una conexión inexplicable con tu entorno (siempre que quieras abrir el canal, por supuesto), y honestamente, te vuelves más bruja.

Todo cambió cuando fui mamá, cuando pude ver a mis hijos descubriendo el mundo con los ojos del pensamiento mágico: fascinados con las abejas sobre las lavandas, con el poder de los volcanes y sus grandes erupciones, con la lluvia cuando torrencialmente cae sobre Santiago, o con el cambio del color de las hojas en otoño. Cuando era chica tenía esa misma fascinación, la convicción de que todo a mi alrededor era sostenido por una tela invisible y mágica, en la que yo podía saltar y jugar, en la que todo tenía sentido, todo estaba conectado, y a la que podía invocar cuando necesitaba ayuda. Esto además, junto con la presencia constante de la Virgen y Jesús en mi casa, armaron una crisálida mágica en la que me cultivé hasta la adolescencia.

Y si bien la época en que estuve más dedicada al periodismo musical fue mi momento de mayor desconexión espiritual, la magia igual se abrió paso en mi vida, como un absoluto al cual no era conveniente dejar de prestar atención: quedé embarazada de mi segundo hijo, cuando el

primero recién tenía un año y medio. Venía de una experiencia de parto traumática, en la que la doctora que nos atendió no supo respetarnos. Ese dolor se alojó en mi útero como un miedo silencioso que tampoco supe reconocer y tratar a tiempo.

Inicialmente el embarazo fue una alegría, siempre quise que mis hijos fueran seguidos, replicando mi propia infancia con mi hermana solo un año menor que yo. Además, llegaba justo cuando estaba alejándome de las estructuras periodísticas clásicas: ya no quería hablar en 3 minutos, entrevistar en 5, poner las canciones que los sellos querían promocionar, tener que saber de todo y tener una opinión sobre todo (en la década pasada, el periodismo musical era para “melómanos”, hombres que se sabían de memoria todos los datos y discos de los músicos, pero que no tenían ningún pensamiento original). Seguía con el *Viva Chile*, programa sobre música y cultura chilena en *Radio La Clave* (les prometo que esto es relevante un poco más adelante). Pero sobre todo, estaba recién empezando un proyecto nuevo: *Caseritas* iba a convertirse en un programa de radio, ya no más un Podcast semanal. Y si bien el embarazo era una complicación para el proyecto, porque iba a tener que estar fuera del aire en el post parto, estaba bien acompañada y el equipo se mostró apañador desde un principio. Los problemas, en realidad, empezaron después.

Entrado el segundo trimestre de mi segundo embarazo, con más o menos 4 meses de gestación de la guagua (de género desconocido en ese momento), tuve un sueño muy particular:

Estoy acostada en una camilla en una sala de operaciones. Se me acerca mi ginecólogo (Emiliano Soto, chicas, anótenlo en sus pascualinas) y me explica que algo no está bien con la guagua, que necesitan sacarlo para revisarlo, pero que si está todo bien puede volver a meterlo a mi guata.

